

DE LAS REFORMAS A LOS ENSANCHES: PLANES Y PROYECTOS URBANOS EN ZARAGOZA (1833-1933)

Francisco Javier Monclús *

En el artículo se contraponen dos pares de episodios urbanísticos que se suceden en un largo período histórico (1833-1933). El primer grupo incluye un proyecto neoclásico, el del «Salón de Santa Engracia», redefinido en 1833, y una propuesta global, el «plano geométrico» de 1861. El segundo «tándem» comprende el proyecto de extensión residencial de Zuazo y otros arquitectos de 1928, junto al plan de 1925-1933. La dicotomía que se establece entre planes y proyectos se superpone al proceso por el cual se pasa de un urbanismo «de reformas» a otro de «ensanches» en el período considerado. El fracaso de las tentativas para controlar el crecimiento urbano mediante un ensanche tradicional, al modo de algunas de las mayores ciudades peninsulares, no es consecuencia, pues, de la ausencia de planes globalizadores, ni de una eventual debilidad del impulso descentralizador. Más bien se debería interpretar el protagonismo de determinados proyectos acotados como un rasgo específico del urbanismo zaragozano frente al de otras ciudades españolas. Especificidad que no constituye una anomalía en relación al conjunto de ciudades europeas, la mayor parte de las cuales carecen de ensanche general durante el siglo XIX. La importancia del «proyecto urbano» frente a los grandes planes globalizadores resulta ser la regla, más que la excepción, en el urbanismo contemporáneo.

Durante los últimos años, una parte de la reflexión más innovadora sobre la naturaleza de la actividad urbanística moderna se ha centrado en el análisis de sus relaciones con el contexto social, económico, cultural y, en definitiva, urbano y territorial sobre el cual se producen las distintas intervenciones. El predominio de esas aproximaciones entre la mayor parte de los estudios urbanos interesados en medir la incidencia de las políticas de raíz estatal o municipal en el crecimiento urbano, se ha visto compensado por otras visiones más específicas focalizadas en las características culturales y técnicas de los distintos instrumentos técnicos de intervención en la ciudad. Es desde esta segunda modalidad de la historiografía reciente donde se están abriendo paso una serie de interpretaciones de la actividad urbanística como conjunto de discursos y técnicas mucho menos monolíticas

FROM REFORMS TO EXTENSIONS: PLANS AND PROJECTS IN ZARAGOZA 1833-1933

The paper contrasts two pairs of planning interventions drawn from a hundred year period. The first couple takes in the neo-classical project for the «Salón de Santa Engracia», the which underwent a revision in 1833 this and an overall plan, the «plan geométrico» of 1861. The latter pairing contrasts Zuazo and other architects' residential spread project of 1928 and the planning of the period 1925-1933. A dichotomy is held to be thus established as among the plans and projects thus considered which would seem to reflect a shift from attempts to mend what was to those to control what was under way. It is further held that the failure to plan upon the city in question's urban sprawl is not due to any lack of overall plans for a traditionally conceived broadening of its space or of the will to do so. Rather it is here maintained that certain favoured projects here gave Zaragoza's urban lay out its peculiar character which, while being in no way out of the ordinary in european city terms —most of which did not enjoy a planned spread in the 19th C— does mark it off from most other spanish cities. The author rounds of the work by commenting that this contrast between the urban project and the vast all-embracing overall or general plan is now the rule rather than the exception in present-day planning.

95

de lo que generalmente se presenta cuando se trata de medir el papel del planeamiento urbano ¹.

Dos importantes conjuntos de problemas han sido objeto de debate en esta perspectiva. Por un lado, los procesos de «evolución» del urbanismo entendido como disciplina con una serie de concepciones y tradiciones propias. Proceso que obliga a contemplar las continuidades y las rupturas, las inercias, los ciclos y los procesos urbanísticos en la larga duración. Por otro, la profundización en esa actividad de naturaleza cambiante y de ámbito impreciso implica la distinción entre las diferentes *escalas* en las que, aun de forma estrechamente relacionadas entre sí, se desarrollan las intervenciones urbanísticas. Se trata de reconocer la coexistencia de *planes* globalizadores y *proyectos* urbanos acotados en la experiencia urbanística de las ciudades europeas al menos desde el siglo XIX ².

Las referencias metodológicas anteriores no resultan gratuitas, a mi entender, cuando lo que se pretende con el presente escrito es, precisamente, aventurar algunas hipótesis sobre ciertos rasgos de ese proceso por el que se pasa, en la ciudad de Zaragoza, del urbanismo de las reformas neoclásicas y de la «regularización» al de los ensanches parciales del primer tercio del siglo XX. El procedimiento utilizado es el del análisis muy sucinto de una serie de proyectos urbanísticos de gran trascendencia en la ciudad de Zaragoza: el proyecto para el Salón de Santa Engracia de T. del Caso (1833); el plano geométrico de J. Yarza (de 1861); el proyecto de Zuazo y otros arquitectos para el ensanche sur de la ciudad (1928), y el plan de M. A. Navarro (1925-1933). Dos proyectos parciales y dos generales; dos de corte «neoclásico» y dos «modernos»; dos de «reforma» y dos de «extensión». Un período de casi cien años entre ambos «pares» de proyectos (o de ciento cincuenta si se consideran sus efectos en la estructura urbana actual de Zaragoza). La dualidad entre esos dos conjuntos de planes o proyectos puede entenderse por tanto de tres modos: naturaleza, semejanzas y diferencias entre las operaciones de mediados del siglo XIX y las de principios del XX; o, también, entre las de reforma y las de extensión; o, sobre todo, entre los proyectos globalizadores y los que configuran una parte acotada del espacio urbano.

Una reforma neoclásica y un plano de «regularización»

A partir del planteamiento enunciado, resulta difícil establecer una periodización clara. Sin embargo, los proyectos e intervenciones que se analizan no se producen «en el vacío», sino que se relacionan con determinados procesos urbanos generales. Así, el primer par de episodios tienen lugar hacia el tercio central del siglo XIX. Es en esas décadas centrales cuando se observa un cierto impulso económico y urbano coincidiendo con el crecimiento demográfico de la ciudad que presenta las tasas más altas del siglo. Y también con los efectos de las desamortizaciones de Mendizábal (1836) y Madoz (1855) en la —lenta— alteración de la estructura de la propiedad urbana³.

Por otro lado, la primera de las intervenciones consideradas, la del Salón de Santa Engracia, ya había comenzado bastante antes, a principios del siglo. Entonces, ¿por qué no ampliar todavía más

el arco cronológico? Pues porque esa indeterminación cronológica es, precisamente, la condición fundamental de muchas operaciones urbanísticas de configuración de un espacio público. En el caso que nos ocupa, nos interesa centrarnos en uno de los momentos más relevantes de la configuración del Salón, aquél en el que un «paseo interior» se convierte en un foro porticado altamente valorado como lugar de sociabilidad central en la ciudad y como ámbito de residencia de la alta burguesía zaragozana.

1. El ornato público y el embellecimiento puntual como técnica urbanística neoclásica: el proyecto para el Salón de Santa Engracia de Tiburcio del Caso

Sin pretender efectuar ahora la descripción exhaustiva de las vicisitudes de esta gran intervención neoclásica, trataremos de precisar los datos esenciales. No es posible tampoco hacer referencia a los procesos generales de tipo socioeconómico, político o cultural que están en la base de toda intervención urbanística⁴. Pero sí podemos recordar un hecho esencial que es el de que las destrucciones ocasionadas por la invasión napoleónica en los dos «sitios» de 1808 y 1809 tuvieron un alcance muy considerable. Además de algunos de los edificios públicos más significativos —entre ellos la Diputación del Reino—, más de una docena de conventos fueron reducidos a ruinas. Pero entre las afectaciones de mayor importancia para el desarrollo urbano posterior se encontraban algunas instituciones sobre grandes parcelas en lugares de alta centralidad potencial, como, sobre todo, el monasterio de Santa Engracia, los conventos de San Francisco y de Jerusalén y el hospital de Nuestra Señora de Gracia. A raíz de aquellos episodios se produjo, con la remodelación de dicha zona, una de las operaciones urbanísticas más trascendentes en la configuración de la ciudad del siglo XIX (y que continúa jugando un papel primordial en el XX).

A pesar de que no se llevara a término durante los años de la administración napoleónica (1809-1813), un proyecto ideado entonces iba a resultar decisivo en la reconstrucción y desarrollo urbano de Zaragoza. En efecto, bajo las órdenes del mariscal Suchet, Gobernador General de Aragón, el arquitecto municipal Joaquín Asensio proyecta una reforma sustancial del espacio ocupado por aquellas instituciones mediante el trazado de un «Paseo Imperial» que debía unir la parte central

de la calle del Coso con la puerta de Santa Engracia situada al sur de la ciudad. Facilitados por las destrucciones, los procesos desamortizadores permitirían, con el tiempo, la puesta en marcha de esa ambiciosa propuesta. Aunque la derrota y retirada de la administración francesa impidió llevar a cabo entonces el proyecto inicial, poco después se retomó la idea, asumiendo la promoción del mismo el Canal de Aragón, entidad autónoma más solvente que el propio Ayuntamiento y que ya en el siglo anterior había acometido obras de ornato en los paseos exteriores de la ciudad.

Lentamente se fueron produciendo las sucesivas intervenciones tendentes a la configuración del «Salón de Santa Engracia» (después Paseo de la Independencia). El proyecto fue retomado por el protector del Canal y Ministro de Hacienda Martín de Garay, quien consiguió la autorización para la construcción del salón central con calzadas laterales, planteando ya la necesidad de configurar los frentes edificadas sobre porches tal y como defendía la Academia de Bellas Artes de San Luis, que aprobó el proyecto de su ex director y arquitecto del Canal Tiburcio del Caso, en 1833. Como culminación de este salón que, en su extremo norte, arrancaba de la remodelada plaza de la Constitución, se proyectó también una puerta monumental de entrada a la ciudad por el sur, en sustitución de la anterior, junto a la cual se disponían unos jardines a modo de «salón exterior» en forma de glorieta elíptica (actual plaza de Aragón). La intervención de sucesivos arquitectos en la definición de los distintos componentes del Salón-Paseo portado es significativa de la importancia que las autoridades concedieron al mismo durante toda la primera mitad del siglo XIX⁵.

Durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta, el conjunto fue completándose con las primeras edificaciones porticadas, reguladas con una ordenanza de fachada similar a la de la famosa rue de Rivoli parisina, primero en uno solo de los fren-

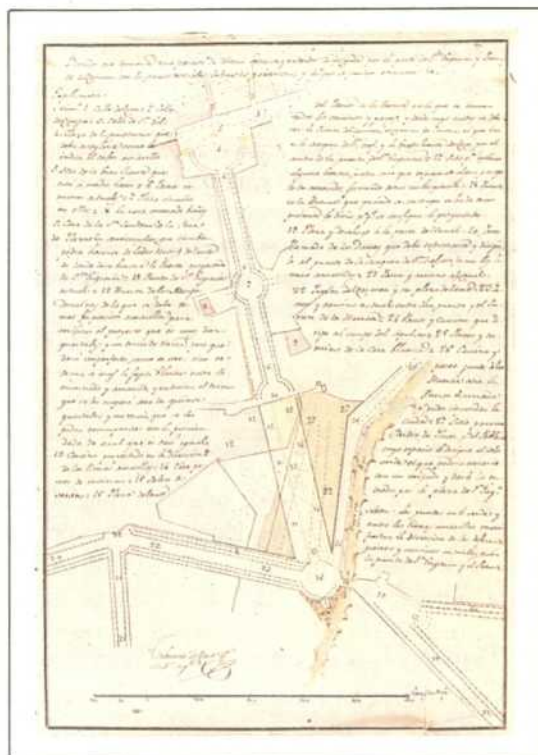


Figura 1.

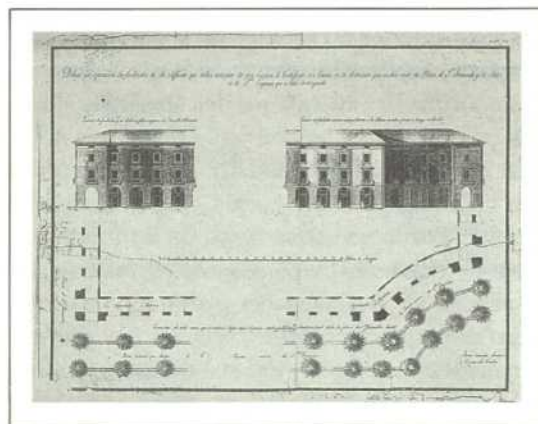


Figura 2.

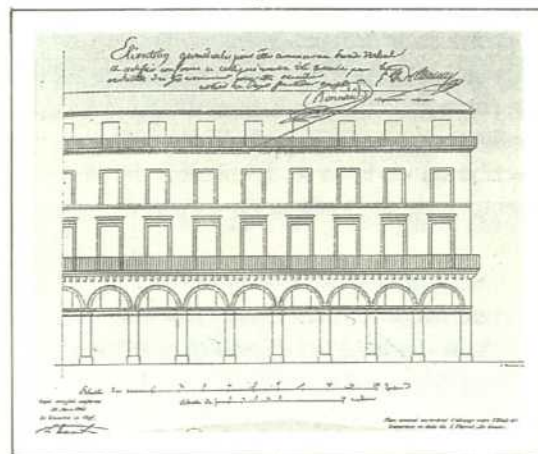


Figura 3.

Figura 1. Tiburcio del Caso, «Borrador que representa una porción de terreno interior y exterior de la ciudad por la parte de Santa Engracia y Puerta del Carmen con los paseos actuales interiores y exteriores y los que se pueden ejecutar» (caja 1833-36), AMZ.

Figura 2. «Dibujos de fachadas de los edificios que deben ejecutar los que hayan de reedificar sus casas en la distancia que media entre la plaza de San Francisco y la Puerta de Santa Engracia que se está construyendo» (caja 1833), AMZ, Sección Palafox.

Figura 3. Ordenanza de fachada Rue de Rivoli (Percier y Fontaine, 1806).

tes y más tarde en ambos. La reparcelación y edificación de los solares se produjo de forma paulatina utilizando fórmulas cercanas a las que permitieron la cualificación formal de las plazas neoclásicas de otras ciudades francesas o españolas. De hecho, el Salón de Santa Engracia (después Paseo de la Independencia) se convertirá en el nuevo foro ciudadano por excelencia, sustituyendo, poco a poco, a los tradicionales espacios centrales situados en el interior del recinto romano.

La configuración de este gran espacio neoclásico (unos 500 × 45 m. entre los centros de las dos plazas) favoreció el desplazamiento hacia el sur del centro urbano. Lo que en un principio era un paseo ciudadano situado en la parte menos activa y más periférica de la ciudad, sobre un conglomerado de conventos e instituciones asistenciales, se iría convirtiendo en un lugar cada vez más central, hasta el punto de que, hacia la década de los sesenta, resulta ser el nuevo ámbito de residencia más cotizado de la ciudad⁶. Su disposición geométrica como pieza longitudinal y vector orientado hacia la zona de mayores expectativas de crecimiento, y su función de elemento de conexión con los bulevares o paseos extramuros que, desde finales del siglo anterior arrancaban de la puerta de Santa Engracia, explican en gran medida ese proceso. La desamortización iniciada por los franceses de forma expeditiva —a bombazos— tuvo su continuación en las diferentes medidas locales que afectaron decisivamente a la ciudad durante todo el siglo XIX. Por lo que conocemos de las llamadas de Godoy, Mendizábal y de Madoz, el trasvase de la titularidad de la importante propiedad urbana del clero es un proceso lento y secular. Las fincas urbanas desamortizadas en los distintos períodos (314 entre 1799-1808; 241 en 1836-1851; 218 en 1854-1856) se ubicaban, preferentemente, en las áreas periféricas de la ciudad⁷. En cualquier caso, el paseo de la Independencia no hubiera sido posible sin una importante disponibilidad de suelo en esa parte de la misma. Y sin una voluntad clara de configurar un espacio civil representativo que se inscribe en el discurso del ornato, del embellecimiento y de la cualificación formal de la ciudad.

2. *La regularización general de alineaciones como técnica innovadora: el plano geométrico de Yarza de 1861*

Del énfasis en el embellecimiento y cualificación puntual de la ciudad que manifiesta el empeño por

construir ese artefacto que es el Salón de Santa Engracia se pasa, por imperativo de la legislación estatal, pero también porque las transformaciones urbanas comienzan a adquirir un impulso importante, a considerar la necesidad de establecer unas alineaciones generales para toda la ciudad. Hasta mediados del siglo XIX no existen en España dispositivos de control global del crecimiento o de la reforma urbana. La definición precisa del espacio público mediante la delimitación de sus fronteras con el privado es una necesidad de orden público y también de la promoción privada. La progresiva complejidad de las cuestiones relacionadas con la propiedad, la funcionalidad urbana, la higiene, etc., superan la visión neoclásica tradicional de la ciudad y, aunque con cierto retraso respecto a Francia —que constituye la referencia obligada para toda reforma administrativa—, también aquí se imponen los mecanismos de alineación general como dispositivo más innovador⁸. La primera medida concreta en ese sentido es la real orden sobre planos geométricos de 1846, la cual introduce una serie de exigencias de control urbanístico que serían desarrolladas después con los ensanches. En el caso de Zaragoza, tres años después de la real orden citada, el Ayuntamiento acuerda iniciar los trabajos, encargándose la formación del plano en 1849. Sin embargo, no es hasta 1860 cuando el arquitecto municipal José de Yarza elabora el primer plano geométrico con una serie de propuestas que son discutidas vivamente en la Corporación Municipal⁹.

Es importante señalar que, a pesar de que la elaboración de este documento respondía a una exigencia de carácter estatal (reafirmada en 1859), la necesidad de establecer alineaciones precisas y de remodelar el viario existente era ya evidente. La realineación de la calle de Don Jaime I, una travesía fundamental en la estructura urbana de la ciudad, había sido iniciada en los años cincuenta y, a finales de esa misma década, se había proyectado ya la apertura de la calle Alfonso I (1857-1858). El plano geométrico recoge, así, distintas operaciones en marcha e iniciativas anteriores. Pero lo más destacable del documento, que será aprobado inicialmente en 1861, es la radicalidad de las reformas propuestas y la «mezquindad» —en palabras del alcalde— del *ensanche* previsto. Realmente, el impulso demográfico de esos años unido a las expectativas creadas en el ciclo alcista que se había iniciado en 1855 y duraría hasta la crisis de 1866, junto a la inminente llegada de los ferrocarriles a

la ciudad, justificaban una previsión más holgada, en lo que se refiere al ensanche de la ciudad (a pesar de la disponibilidad de solares procedentes de la Desamortización). En cambio, la regularización de casi todo el viario, con un altísimo número de edificaciones afectado —sin excesivas contemplaciones con el patrimonio existente—, resultaba exagerado tanto desde el punto de vista de la viabilidad como de la higiene, argumentos básicos de las reformas del siglo XIX ¹⁰. Las propuestas concretas del plano responden así más a los intereses de los propietarios de solares en el interior de la ciudad (que se oponían a una extensión excesiva a la ciudad, porque «haría descender el valor de la riqueza urbana hoy existente») que a la preocupación higienista por sanear la ciudad ¹¹.

Los esquemas concretos que Yarza había propuesto en el plano resultaban, por otro lado, de una combinación de esa voluntad regularizadora con las concepciones provenientes de la tradición neoclásica, en la que había sido formado. La voluntad de abrir vistas, la regularidad formal obtenida a base de una serie de geometrías simples que utilizan, casi exclusivamente el trazado rectilíneo, se adecuan fácilmente a las exigencias de funcionalidad —y de la propiedad— entonces ya claramente dominantes. La jerarquía simple entre calles de distinto orden (con 12, 10, 8 y 6 metros de anchura según su importancia) es el principio básico de estructuración del viario. La apertura o mejora de algunos espacios públicos y el cierre o geometrización del perímetro de la ciudad con unas nuevas rondas son los otros elementos destacables de la propuesta, así como la idea más ambiciosa del desvío del cauce del río Huerva, que constituía un obstáculo topográfico importante a la expansión urbana ¹².

A la hora de hacer efectivas las medidas incluidas en el plano geométrico se tropezará con numerosas dificultades. Según noticias de prensa, a pesar de haber sido aprobado en 1861 y en 1865 (por el municipio), todavía en 1871 no se da por finalizado. Segundo Díaz, el arquitecto municipal que sucede a Yarza desde 1866 se ocupará del tema hasta su cese en 1876 ¹³. Por otro lado, la debilidad de los instrumentos legales, la crisis crónica de las finanzas municipales en la segunda mitad del siglo XIX y la falta de voluntad política para acometer una reforma como la prevista impidieron la «implementación» de un esquema tan ambicioso en la reforma interior como corto de miras respecto a las necesidades que pronto se iban a plantear en el crecimiento «exterior» de la ciudad. Pues

conviene decir que la ciudad del siglo XIX no es tan inmóvil en términos de estructura urbana como puede pensarse y que la implantación del ferrocarril supuso el paso de la ciudad compacta tradicional a un nuevo tipo de ciudad, en la que coexisten un núcleo «histórico» y una serie de asentamientos polarizados en las estaciones (y también junto a las carreteras de salida de la ciudad) que crecen con una lógica propia. Efectivamente, a pesar de que el grueso del crecimiento urbano hasta el cambio de siglo se diera en el interior de la ciudad, los crecimientos «extramuros» se produjeron completamente al margen del plano previsto desbordando la capacidad de intervención y control municipal. En cualquier caso, el plano geométrico sirvió como esquema general de referencia para determinadas operaciones de reforma interior (desde la calle Alfonso, abierta a partir de 1866, hasta la de Conde de Aranda, comenzada en 1917) ¹⁴. Y también para alguna operación parcial de ensanche, como la ocupación de la huerta de Santa Engracia (la más relevante operación de extensión prevista en el plano geométrico) que, con un esquema de trazado más moderno, sería urbanizada a raíz de la Exposición Hispano-Francesa de 1908.

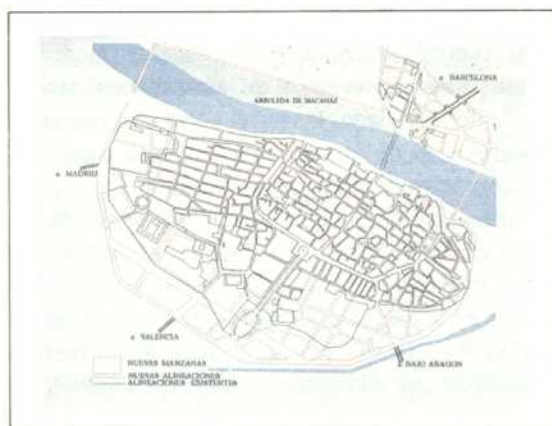


Figura 4. *Plano geométrico. Elaboración propia a partir del original de José de Yarza, «Plano general de alineaciones de Zaragoza» (1861), AMZ, Sección Palafox.*

Un proyecto residencial y un plan general de extensión

Puede decirse que el plano geométrico es el primer y último proyecto general para la ciudad durante el siglo XIX. Diversas iniciativas posteriores fracasan y sólo a principios del siglo XX se elabora un primer proyecto de ensanche, el de 1906, cuya principal función sería la de reafirmar la voluntad

de crecimiento hacia el sur y definir las dos directrices principales del mismo, el paseo de Sagasta y la Gran Vía, a partir del cubrimiento de los tramos centrales del río Huerva, operación que se llevará a cabo en los años veinte ¹⁵. Es en el primer tercio de siglo, sobre todo durante las décadas de los años diez y veinte, cuando se plantea claramente la necesidad del ensanche, que ahora ya se inscribirá en una lógica distinta a los que se habían llevado a cabo en otras ciudades españolas en la segunda mitad del siglo XIX ¹⁶. Y no parece casual que este segundo momento fuerte en la actividad urbanística coincida con un período de gran impulso demográfico y económico en la ciudad ¹⁷.

1. *Ensanches parciales y construcción masiva de viviendas: el proyecto de Secundino Zuazo para la SZUC (1928)*

La fiebre constructora que se observa en estos años se traduce en el crecimiento espontáneo de formaciones suburbanas junto a las estaciones de ferrocarril y en las carreteras de salida de la ciudad. La accesibilidad que permiten las nuevas líneas tranviarias favorece aún más estos procesos de formación de áreas residenciales o industriales cuyo control urbanístico se resuelve mediante pragmáticos mecanismos de alineaciones parciales ¹⁸. Por otro lado, la ciudad se va jerarquizando y segregando de forma que los barrios populares se diferencian cada vez más claramente de las zonas privilegiadas donde se establece la burguesía zaragozana. Estas zonas continúan el vector que desde el Salón de Santa Engracia se prolonga en los dos ejes antes mencionados, paseo de Sagasta y Gran Vía. Esta última, un bulevar de 40 metros de anchura por kilómetro y medio de longitud, se irá haciendo realidad con el cubrimiento del río Huerva (1925-1929) y con el avance en la construcción del Parque de Buenavista, al que dicha vía da acceso (1903-1925-1928). El encarecimiento del suelo en las áreas centrales y la mayor disponibilidad del mismo en las periferias obligan a plantearse la ocupación de zonas hasta entonces consideradas lejanas del centro. El soterramiento del trazado ferroviario en esa dirección permite el planteamiento de una operación de mayor complejidad y ambición que la simple construcción de un grupo de «casas baratas». Es así como se plantea la operación de la Sociedad Aragonesa de Urbanización y Construcción, una sociedad mixta formada por el Banco Hispano-Colonial y el Ayuntamiento

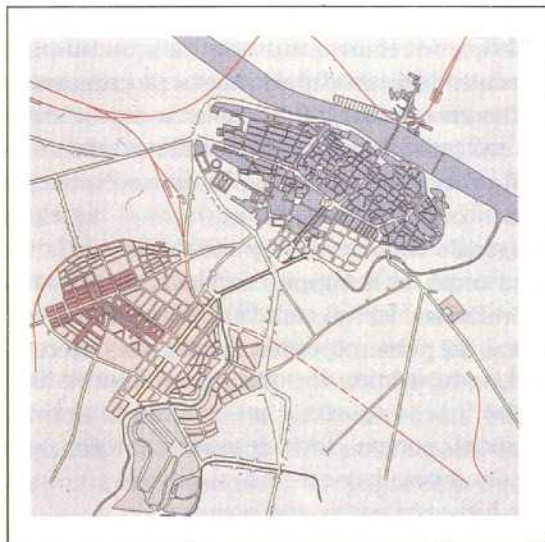


Figura 5. Ubicación del proyecto de la Sociedad Aragonesa de Urbanización y Construcción en relación a los elementos fundamentales de la estructura urbana (Atlas histórico de ciudades europeas, CCC, en prensa).

propietaria de una extensa área en el sur de la ciudad delimitada por la avenida de Hernán Cortés, carretera de Madrid, Parque de Buenavista, margen izquierda del Huerva y enlace del ferrocarril de MZA. Una gran iniciativa de construcción de viviendas (11.000) y de urbanización del extenso sector (más de 200 Ha. inicialmente que se reducirían a 150) que, apoyado en la nueva Gran Vía, será subdividido en distintas «subzonas» y jerarquizado socialmente según su distancia a ese eje central ¹⁹. El hecho más destacable de este ambicioso proyecto es el de su aprobación en 1928, y la implicación del Ayuntamiento en lo que podría calificarse de primera operación de «urbanismo concertado» (como se diría en los años sesenta) o de articulación entre iniciativa pública y privada a través del mecanismo de una gran promoción inmobiliaria

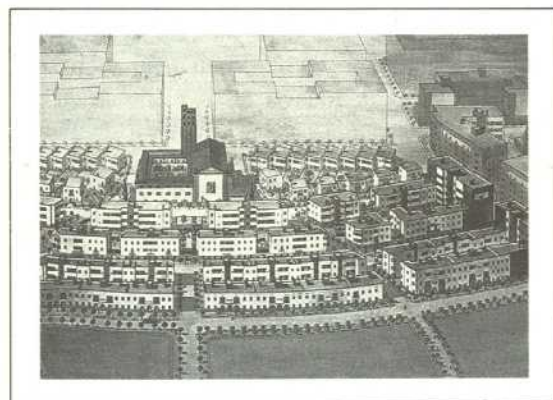


Figura 6. Vista manzanas de baja densidad (L. Maure, S. Zuazo, MOPU, 1987).

de carácter mixto, una fórmula realmente «avanzada» para la época. La importancia de la política de obras públicas durante la Dictadura de Primo de Rivera y las inversiones realizadas explican, en parte, el que la iniciativa municipal se aventurara

a intervenir directamente en el mercado de la vivienda, por vez primera de forma significativa, comprometiéndose a ejecutar el proyecto en un plazo acotado de tiempo, algo que no era en absoluto corriente en otras ciudades españolas.

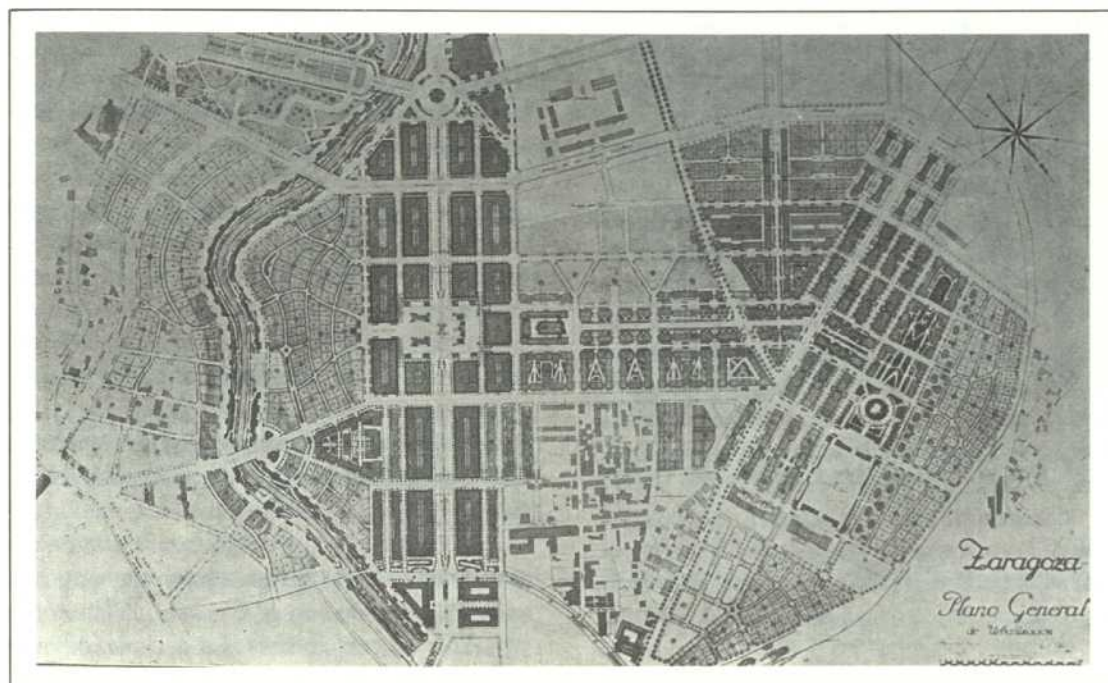


Figura 7. S. Zuazo, M. A. Navarro, J. M. Ribas, «Plano general de urbanización de la zona denominada de casas baratas» (1928). Reproducido en M. A. Navarro, «Plan general de ensanche de la ciudad, Memoria», Zaragoza, 1934.

101

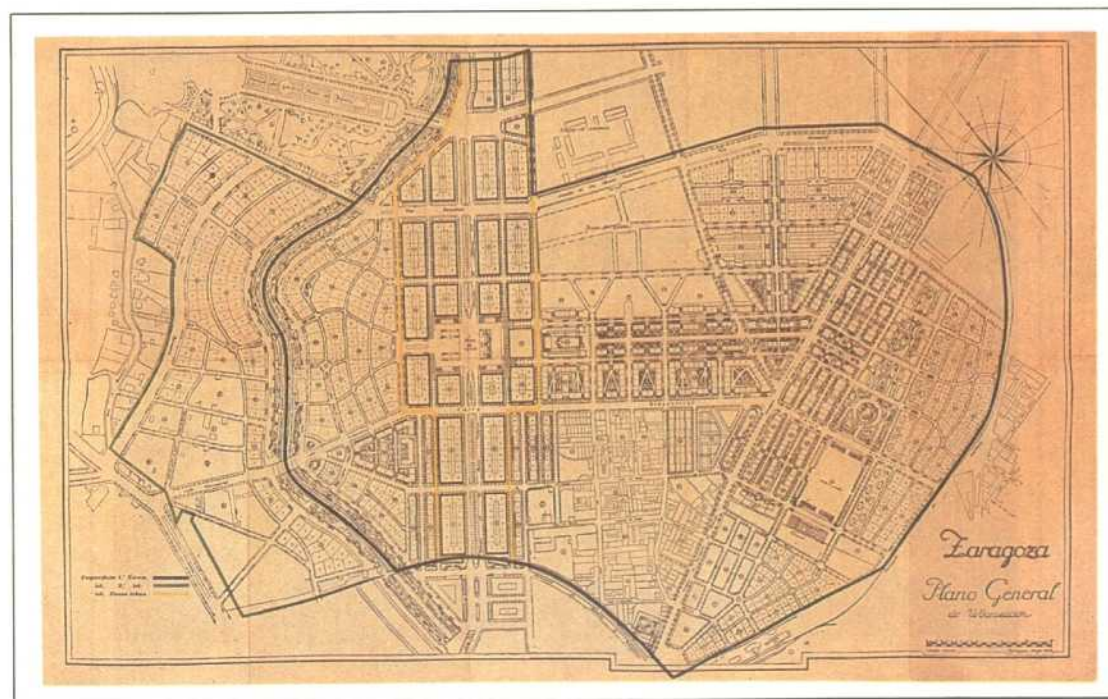


Figura 8. Ibidem. Plano parcelario.

Desde el punto de vista funcional y formal la solución adoptada contrasta con la pobreza y debilidad de las tramas viarias apoyadas en el paseo de Sagasta o en las pragmáticas parcelaciones de los suburbios populares como Delicias o Torrero. Aquí se proyecta un complejo sistema viario apoyado en la Gran Vía como eje vertebrador de todo el conjunto, en el que los trazados clásicos al modo «Beaux Arts» se combinan con otros pintoresquistas «a lo Sitte» en sintonía con las tendencias compositivas de la época. El tratamiento de los márgenes del río Huerva como «vía verde» o parque lineal, así como el trazado de vías curvas en sus inmediaciones, se corresponde con la sensibilidad hacia la topografía y los elementos naturales propia de aquellas técnicas urbanísticas. También se plantea una variedad de tipos edificatorios y de sus formas de agregación muy notable que va desde la manzana cerrada a la edificación semiabierta o al bloque y a la disposición de viviendas unifamiliares aisladas en forma de «barrio-jardín».

La utilización de edificios públicos como puntos focales de la composición y la articulación entre espacios públicos y semipúblicos se inscribe en la mejor tradición de los proyectos realizados en distintas ciudades europeas en los años anteriores (Amsterdam en particular). No es gratuita, pues. La interpretación del proyecto pasa por el entendimiento del papel jugado por uno de sus autores —probablemente el director del equipo—, el ar-

quitecto Secundino Zuazo, un personaje clave de la cultura arquitectónica y urbanística de los años veinte y treinta²⁰. Su conocimiento y asimilación de la arquitectura y del urbanismo más renovadores del momento (en particular del panorama holandés, después de su visita a ese país) se traduce en una precisa sensibilidad, tanto hacia las cuestiones relacionadas con la estructura urbana, como a las que se refieren a la composición y al trazado de un conjunto residencial en un lugar concreto con unas exigencias ciertamente complejas. No parece gratuita, por tanto, la comparación con la singular experiencia del ensanche sur de Amsterdam iniciada unos diez años antes. Por otro lado, tampoco hay que olvidar que Zuazo era uno de los principales accionistas de la SZUC.

Hay que señalar, por último, que la sociedad mencionada entró en quiebra en 1932, como consecuencia de la recesión general de aquellos años. A pesar de ello, al hacerse cargo el Ayuntamiento, las obras de urbanización se encontraban bastante avanzadas y también una parte de la edificación. Los principales trazados se ejecutaron según el proyecto inicial, si bien las soluciones propuestas para la agregación de las viviendas fueron simplificadas en gran medida. La decisión de implantar el nuevo campus universitario en la parte occidental de la zona impidió la configuración completa del conjunto proyectado, perdiéndose la unidad de composición en el trazado viario al introducirse

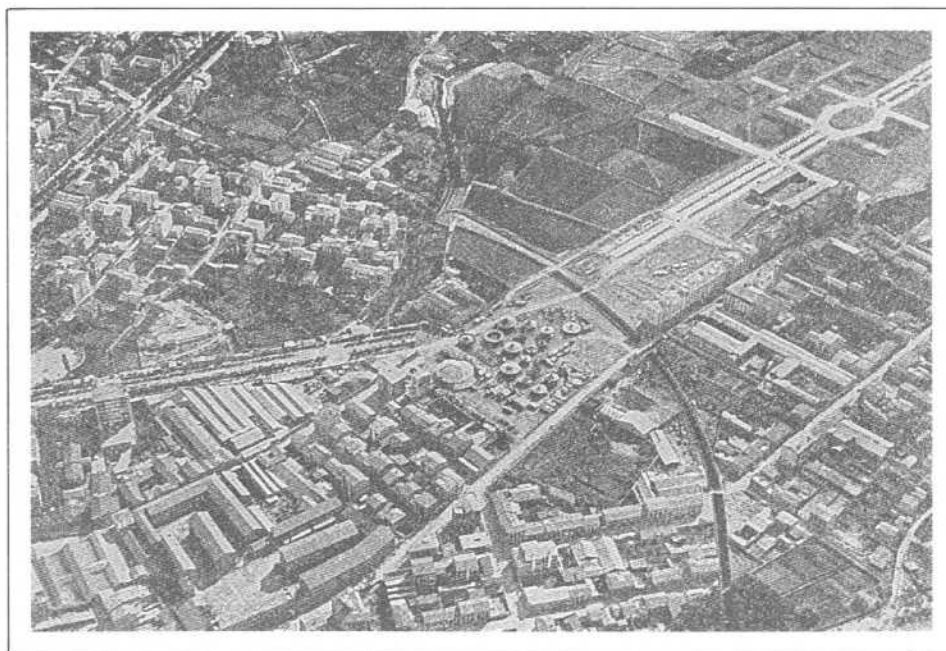


Figura 9. Cubrimiento del río Huerva y urbanización del primer tramo de la Gran Vía. Vista aérea (M. A. Navarro, «Memoria» 1934).

ese nuevo paquete urbano. Con todo, ese sector se iría convirtiendo progresivamente en el nuevo ensanche central de la ciudad.

2. *El plan general de ensanche y extensión de M. A. Navarro de 1925-1933*

El proyecto de la Sociedad Aragonesa de Urbanización y Construcción se convirtió, como se ha señalado, en una intervención de urbanización de una extensa zona del sur de la ciudad. Un auténtico «plan parcial» (en la terminología de la legislación posterior) que, lejos de concebirse al margen de la estructura de la ciudad existente, se articulaba de forma precisa con ella. Lo interesante del caso es que ya en 1925, el arquitecto municipal y colaborador de Zuazo en el proyecto Miguel Angel Navarro había elaborado un primer avance de «Plan de ensanche» que, en realidad, estaba lejos del modelo de los ensanches decimonónicos al que se podría asimilar el propuesto en 1906. Como ocurriera en el siglo anterior con el plano geométrico, fue una disposición estatal, el Estatuto Municipal de 1924, la que obligó a redactar planes generales para las ciudades que superaran un determinado ritmo de crecimiento demográfico (20 por 100 decenal o mayores de 200.000 habitantes). En el Reglamento de esta Ley se establecían una serie de condiciones (sobre zonificación, densidades, etc.) que dejaban atrás el dispositivo de los ensanches,

por lo que puede decirse que los documentos ajustados al mismo formaban parte de una nueva generación de planes, llamados comúnmente de «extensión» para diferenciarlos de los anteriores ²¹.

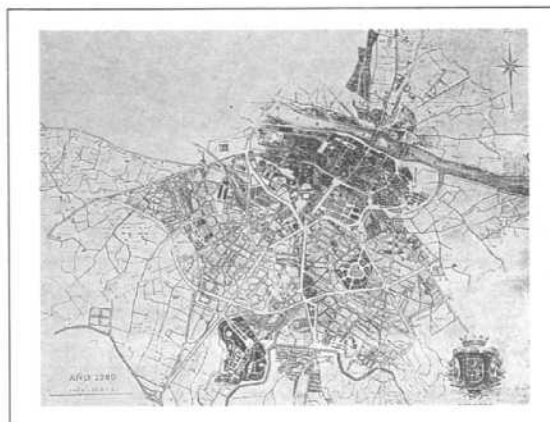


Figura 10. *Plan general de ensanche y extensión* (M. A. Navarro, 1925; *Arquitectura*, 103, 1927).

En este plan se parte de una previsión de crecimiento para treinta años, calculándose una «capacidad» del ensanche de 390 Ha. Por vez primera en Zaragoza se plantea la zonificación de uso y tipológica, aplicándose una serie de estándares relativos a los espacios libres de acuerdo con lo establecido en el Reglamento mencionado. Así, se disponen tres nuevos parques de distrito (San José, Delicias y Pignatelli) y un sistema jerarqui-

103

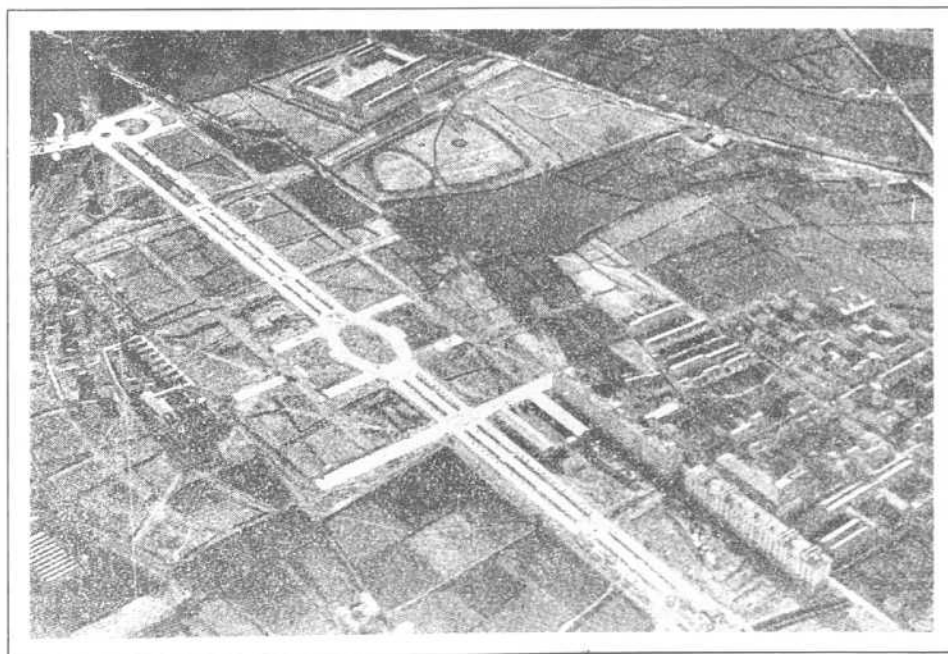


Figura 11. *Urbanización segundo tramo de la Gran Vía* (ibid.).

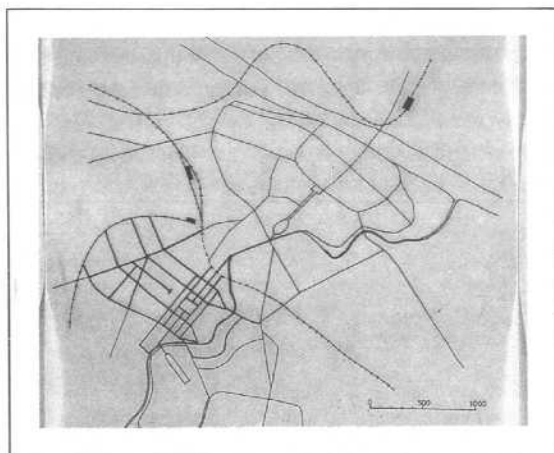


Figura 12. Esquema del proyecto de la SZUC en relación a la ciudad existente. (Elaboración propia.)

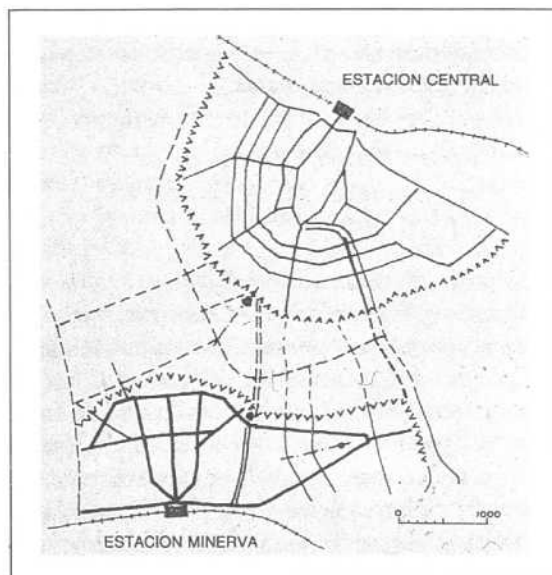


Figura 13. Esquema del proyecto para Amsterdam Sur en relación a la ciudad existente (Panerai).

zado de vías de tipo radial complementadas por otras de circunvalación y por las de rango inferior de soporte de la edificación. Por otro lado, existe una novedad importante que hace referencia a la gestión y al proceso de diferenciación espacial y temporal de las operaciones, introduciéndose el mecanismo de «polígonos o zonas parciales», un sistema que sería desarrollado años más tarde y que rompía con la visión tradicional de una expansión continua propia de los ensanches del siglo XIX²². El plan sería presentado al Ayuntamiento en 1927, aunque todavía tuvo que esperar hasta que una versión posterior más elaborada —y posibilista— del mismo permitió, por fin, su aprobación definitiva en 1934²³.

El fracaso de las tentativas anteriores para imponer un plan general de ensanche en Zaragoza había favorecido la proliferación de operaciones parciales poco controladas en la periferia (las «parcelaciones» de Delicias, Torrero...) que contrastaban con algunos proyectos más elaborados en las zonas centrales (como los ensanches parciales derivados de las exposiciones de 1868 y de 1908). La falta de consenso entre los propietarios zaragozanos (debido al peso de los del «interior») fue, probablemente, uno de los motivos principales —junto a la crisis de las finanzas municipales— de la tardanza en disponer de un documento que permitiera coordinar el crecimiento global de la ciudad²⁴. Sin embargo, ello no obstaculizó la puesta en marcha de numerosas iniciativas parciales destinadas a configurar un marco adecuado para las clases acomodadas. Del mismo modo que, en el siglo anterior, operaciones importantes como el Sa-

lón de Santa Engracia y la calle Alfonso se llevaron a cabo con un control urbanístico notable, en el primer tercio del siglo actual la elaboración de un plan general fue «a remolque» de las iniciativas parciales. Ese fue el caso de las exposiciones y los ensanches menores «cualificados», la Gran Vía, el Parque de Buenavista o la zona de las «casas baratas» que, como se ha señalado, conformó la nueva expansión de la ciudad hacia el sur.

* * *

Aunque la coexistencia de planes generales y proyectos urbanos acotados es un fenómeno común en casi todas las ciudades, a diferencia de lo que ocurre en los casos prototípicos de las que se dotaron de planes generales de ensanche en el siglo XIX, en Zaragoza las intervenciones parciales resultaron ser más eficaces en la estructuración y configuración arquitectónica de los espacios urbanos caracterizados por una mayor centralidad funcional y social. Podríamos así considerar como un rasgo propio del caso zaragozano la fortuna de ese urbanismo «cualificador» frente al mayor peso de los proyectos globales en aquellas ciudades. No obstante, la superación de las interpretaciones monolíticas más tradicionales del «fracaso de los ensanches» (como si la norma de las ciudades mediterráneas fuera la de la imposición de esos instrumentos) pasa por un análisis comparado más amplio que incluya también otros casos de ciudades europeas que carecen de ensanche durante el siglo XIX. Efectivamente, la observación de las relaciones entre proyectos globales y actuaciones parciales muestra, en muchos casos, la existencia

de mecanismos complejos de cualificación de determinadas áreas paralelamente o, a menudo, con cierta independencia, de las tentativas más globales de control del desarrollo urbano. En Toulouse, Oporto, Liverpool, Amsterdam, Göteborg o Boloña —por poner solamente algunos ejemplos— se producen casi siempre esas superposiciones y, a veces, una subordinación clara del «plan» respecto del proyecto urbano acotado. En realidad, la importancia de las iniciativas acotadas puede observarse también en las ciudades con un gran proyecto o plan globalizador, si bien el protagonismo, al menos temporal, de estos últimos mecanismos resulta más evidente.

Se ha planteado aquí un problema específico que es objeto de debate en la historiografía y en la cultura urbanística y que tiene interés para conocer tanto la construcción de la ciudad del pasado como la del presente. Tal reflexión específica se refiere a la dicotomía entre intervenciones parciales y planes generales como dos dispositivos urbanísticos que coexisten y se suceden en distintos momen-

tos históricos en función de determinadas lógicas urbanas que, a su vez, se relacionan con la dinámica demográfica, socioeconómica y física de cada ciudad. Naturalmente, el argumento aquí apuntado podría ser llevado hasta la actualidad. En el caso de Zaragoza bastaría, por ejemplo, con poner en relación el gran proyecto urbano (grande por su entidad, no por su especial calidad arquitectónica) que fue la ordenación del ACTUR —ahora en proceso de completamiento— con el planeamiento general previo (el plan Larrodera de 1968). O, ya en el estricto momento actual, los diversos proyectos en marcha o todavía no elaborados con un gran impacto urbano previsible (infraestructuras viarias, puentes, ordenación de las riberas del río Ebro, recalificación y urbanización de distintas áreas, etc.), frente al abstracto planeamiento vigente. Un planeamiento «flexible» que no deja de ser un genérico marco de referencia para las diversas iniciativas urbanísticas en las que predomina la lógica sectorial o las demandas específicas y acotadas generadas por complejas situaciones urbanas. □

NOTAS

¹ Véase, por ejemplo, A. SUTCLIFFE, *Towards the Planned City. Germany, Britain, the United States and France, 1780-1914*, St. Martin Press, Nueva York, 1981; para una presentación general del debate general dentro de la historia urbana: F. J. MONCLUS, J. L. OYON, «La aproximación espacial en la historia urbana», en *II Congrés d'història urbana del Pla de Barcelona* (1985), Institut Municipal d'Història, Barcelona, 1990. Una visión más específica para las ciudades españolas y los estudios sobre su planeamiento en F. J. MONCLUS, «Planning and History in Spain», *Planning Perspectives*, vol. 7, núm. 1, 1992.

² Hace ya casi tres décadas que C. TUNNARD avisaba de la posibilidad de un análisis histórico paralelo del planeamiento y del diseño urbano. V. C. TUNNARD, «The Customary and the Characteristic: A Note on the Pursuit of City Planning History», en O. HANDLIN, J. Burchard (eds.), *The Historian and the City*, MIT Press, Cambridge, 1963.

³ Como se comprueba comparando el padrón de 1834 (44.482 hab.), momento en el que se recupera la población que existía antes de la guerra de la Independencia (en 1806 hay 45.179 hab.) con el censo de 1857 (63.446 hab.) y con el de 1877 (89.221 hab.). En 1900 la ciudad habrá doblado la cifra de principios de siglo (101.286). Concretamente, entre 1857 y 1877, la tasa de crecimiento anual es de 1,75 por 100.

⁴ Para estas décadas centrales del siglo XIX, ver M. R. JIMENEZ, *El Municipio de Zaragoza* (1833-1840), IFC, Zaragoza, 1979; P. IÑIGO, «Zaragoza esparterista (1840-1843)», *Cuadernos de Zaragoza*, núm. 54, 1983; N. TORGUET, *La reforma urbana en la Zaragoza de mediados del siglo XIX. Apertura de la calle Alfonso I (1858-1868)*, Colegio de Arquitectos de Aragón-Gerencia de Urbanismo, Zaragoza, 1987.

⁵ No existe todavía un estudio en profundidad de este episodio singular del urbanismo zaragozano. Al margen de algunas noticias sobre el mismo en el trabajo de P. IÑIGO citado, los datos más importantes —que aquí he incorporado— pro-

vienen de una investigación centrada en el proyecto de la puerta monumental referida: M. EXPOSITO, «Proyectos para la reforma de la desaparecida Puerta de Santa Engracia de Zaragoza», *Actas IV Coloquio Arte Aragonés*, Zaragoza, 1986, y del mismo autor, «Dibujos de Ambrosio Lanzaco para la Puerta de Santa Engracia de Zaragoza (1815). Un ejemplo de Arquitectura Conmemorativa del Neoclasicismo aragonés», *Artígrama*, núm. 5, 1988. El proyecto de T. DEL CASO aprobado en 1833 parece corresponderse con los que se presentan en las figuras 1 y 2, los cuales permanecían inéditos y deben considerarse sendos documentos excepcionales en la historia urbanística zaragozana del siglo XIX. A pesar de la modificación posterior del proyecto de ordenación de fachadas resulta claro que éste constituye la norma general aplicada en la construcción efectiva del Salón-Paseo.

⁶ Se puede comprobar que, en 1864, ya están domiciliados allí algunos conocidos personajes de la alta burguesía zaragozana: N. TORGUET, *op. cit.*, p. 21.

⁷ Sobre los procesos desamortizadores: C. LOZANO y F. ZARAGOZA (eds.), *Estudios sobre la Desamortización en Zaragoza*, Zaragoza, DGA, 1986. No existe todavía un estudio mapeado que permita valorar la importancia urbanística de la Desamortización. Información puntual sobre el destino de conventos e instituciones eclesiásticas puede encontrarse en P. MADDOZ, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850, voz «Zaragoza» (reed. DGA, 1985).

⁸ Respecto a los cambios de concepción urbana desde finales del siglo XVIII en el contexto francés, puede verse F. J. MONCLUS, «Teorías arquitectónicas y discurso urbanístico. De las operaciones de «embellecimiento» a la reforma general de la ciudad en el siglo XVIII», *Ciudad y Territorio*, núm. 79, 1989. Para una interpretación general de los mecanismos legislativos, M. BASSOLS, *Génesis y evolución del Derecho urbanístico español, 1812-1956*, Montecorvo, Madrid, 1973.

⁹ N. TORGUET, *op. cit.*, pp. 31-34.

¹⁰ En relación a la preocupación higienista, es significativa

la aparición de los primeros reconocimientos sanitarios: *Topografía médica de la ciudad de Zaragoza*, Zaragoza, 1854.

¹¹ El alcalde Simón Gimeno insistió en la necesidad de «no reparar en gastos» y en que «se debe dar al ensanche mucha mayor amplitud». AMZ, Actas Municipales, 24 agosto 1860. Los propietarios del interior impusieron la idea de edificar en los terrenos disponibles —interiores— en esa misma sesión. Interesantes referencias a la excelente acogida de ese «plan de ensanche y embellecimiento de la ciudad» por parte de la prensa local en M. J. BURBANO, *La ciudad de Zaragoza y sus grupos sociales durante el gobierno de la Unión Liberal (1858-1863)*, Tesis L., Universidad de Zaragoza, 1990.

¹² El plano geométrico resulta de difícil reproducción, por lo que en la figura no es posible reconocer el alcance de las propuestas. De acuerdo con lo exigido por la legislación, el autor diferencia las «alineaciones actuales» y las «manzanas actuales» (en color gris) de las «manzanas que desaparecen para ensanche de plazas» (en amarillo) y las «nuevas manzanas para ensanche» (en rojo carmín). Se proponen también dos nuevos puentes sobre el Ebro (frente a la puerta del Sol y a la Almozara) y se dibuja sobre el plano (a lápiz) una plaza rectangular de acuerdo con el acuerdo municipal de unir las plazas de San Lorenzo y San Pedro Nolasco para instalar un mercado. Las rectificaciones aprobadas por el Ayuntamiento en 1865 están reproducidas en el texto de N. TORGUET citado (anexo 3). El plano se encuentra en AMZ, Sección Palafox (plano 274).

¹³ D. J. BUESA, *Zaragoza, 1868-1874. Urbanismo y sociedad*, Tesis D. (inédita), Universidad de Zaragoza, 1991.

¹⁴ N. TORGUET, *op. cit.*

¹⁵ Comentarios sobre el proyecto de 1906 de D. CASAÑAL y R. MAGDALENA en F. J. MONCLUS, «Alineación, ensanche, extensión. Tres tentativas de control del desarrollo urbano de Zaragoza», *Jano*, núm. 58-59, 1978. El expediente para la formación del ensanche se inició en 1904, proponiéndose un concurso para su redacción, cuyas bases incluían la consideración de una población de 250.000 a 300.000 habitantes. Véase J. GARCIA LASAOSA, *op. cit.*, en nota 16, págs. 200-217. La oposición entre propietarios interesados en el crecimiento del ensanche y los del interior que se oponían a ello (que ya se había puesto de manifiesto a mediados del siglo XIX), sería la responsable de la paralización del proyecto; *ibid.*, p. 203. Ya en los años veinte la opinión del arquitecto municipal M. A. Navarro parece apuntar en esa dirección: «Desenvolvimiento urbano de Zaragoza desde Goya hasta nuestros días», discurso de ingreso en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, leído el 13 de mayo de 1928 (AMZ). Una versión más acabada del proyecto es obra de D. CASAÑAL y E. BURBANO, «Anteproyecto de ensanche de la ciudad de Zaragoza» (1906; AMZ, Sección de Arquitectura, plano 5).

¹⁶ Una aportación fundamental para comprender la Zaragoza del primer tercio del siglo XX en E. FERNANDEZ CLEMENTE y C. FORCADELL, «Zaragoza 1900-1930, una capital regional del interior: crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana», en J. L. GARCIA DELGADO (ed.): *Las ciudades en la modernización de España*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 433-457. Los análisis más importantes de los aspectos urbanísticos en el período comprendido entre los dos momentos que aquí consideramos son los de J. GARCIA LASAOSA, *Desarrollo urbanístico de Zaragoza, 1885-1908*, IFC, Zaragoza, 1979, y J. MARTINEZ VERON, *Arquitectura aragonesa, 1885-1920*, Tesis D. (inédita), Universidad de Zaragoza, 1989.

¹⁷ De 1910 a 1920 la población censada pasa de 111.704 a

141.350 habitantes (26,5 por 100); en 1930 se alcanzan los 183.987 (30,1 por 100). E. FERNANDEZ CLEMENTE y C. FORCADELL, art. cit. La tasa de crecimiento anual entre 1910-1930 sería, por tanto, del 2,52 por 100 anual, comparable a las de Barcelona (2,65 por 100) o Bilbao (2,5 por 100).

¹⁸ La fiebre constructora se refleja claramente en el ascenso del número de licencias de construcción solicitadas entre 1910-1920 y, previsiblemente, en años posteriores, aunque faltan estudios pormenorizados que pongan en cuestión los valores que proporciona la Cámara de Comercio para los años veinte y treinta (que incluyen todo tipo de obras). En cualquier caso, es significativo el crecimiento de las construcciones de una o dos plantas: mientras en 1900-1910 las viviendas de más de dos pisos representan alrededor del 92 por 100 del parque de viviendas de la ciudad, en 1930 sólo suponen el 53 por 100 [L. GERMAN, «La transformación de la ciudad. Zaragoza en el siglo XX (1900-1936)», *III Curso de Historia de Aragón. Historia Social*, IFC, Zaragoza, 1989].

¹⁹ F. J. MONCLUS, «La vivienda obrera en el crecimiento urbano de Zaragoza», en AA. VV., *Evolución histórico-urbanística de la ciudad de Zaragoza*, Colegio de Arquitectos de Aragón, Zaragoza, 1982.

²⁰ Junto a Zuazo, son colaboradores del proyecto J. M. Ribas y M. A. Navarro, este último arquitecto municipal. Zuazo es autor de importantes proyectos urbanos en otras ciudades españolas. Ver L. MAURE, *Zuazo*, Colegio de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1987.

²¹ J. L. GONZALEZ BERENGUER «El Estatuto Municipal y el Urbanismo de su época», en AA. VV., *Cincuentenario del Estatuto Municipal*, IEAL, Madrid, 1975. M. A. NAVARRO, «Plano de Ensanche de Zaragoza», *Arquitectura*, núm. 103, 1927.

²² No es posible, por tanto, afirmar que el plan de M. A. Navarro no aportara «novedades esenciales, ni en su criterio urbanístico ni en su espacio organizado, al plan de 1906», como lo hace J. GARCIA LASAOSA, *op. cit.*, p. 250. Como ha señalado TERAN, «el planeamiento de extensión está dado por polígonos distintos, yuxtapuestos a la ciudad existente. Es una forma de crecer, externamente también, de la ciudad existente, pero mediante un procedimiento que ya no es unitario, que ya no es homogéneo, sino en cierto modo multifacético, multipiezas y además con un sentido de ciudad indefinida, crecedera»: F. de TERAN, «El planeamiento en la España del siglo XX», en AA. VV., *Historia urbana e intervención en el Centre Històric*, Institut Cartogràfic de Catalunya, Barcelona, 1989.

²³ AA. VV.: *Zaragoza barrio a barrio*, Zaragoza, 1981, vol. 3, p. 186. El plan definitivo establece dos zonas diferenciadas a su vez cada una de ellas en subzonas que se corresponden con dos etapas distintas. Una inmediata acogida a la Ley de Ensanche de 1892 y otra siguiente, sometida al régimen de contribuciones especiales del Estatuto. También se diferencian las manzanas en función de las tipologías edificatorias: M. A. NAVARRO, *Plan general de ensanche de la ciudad. Memoria*, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1934, pp. 26 y 32.

²⁴ Sin que podamos profundizar aquí en el tema, conviene insistir en la importancia de los terrenos desamortizados en numerosas ciudades españolas como posible causa de la ausencia de planes de ensanche durante la segunda mitad del siglo XIX. Esa es también la opinión de algunos geógrafos: «Esta aportación de espacio urbano derivado de la Desamortización permitió a la mayoría de las ciudades, salvo Barcelona y Madrid, crecer por implosión sin necesidad de plantearse planes de ensanche», J. ESTEBANEZ, *Las ciudades, morfología y estructura*, Síntesis, Madrid, 1989, p. 64.

* Francisco Javier Monclús es Arquitecto, profesor de Urbanismo de la Universitat Politècnica de Catalunya.

El presente artículo constituye una versión notablemente ampliada en la parte gráfica de una comunicación presentada al VII Coloquio de Arte, Jaca, 1991.